

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR



30
CTS

LIL DAGOVER
HANS STUWE

EDICIONES BISTAGNE

**Canción
gitana**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO II Francisco-Mario Bistagne Núm. 45

Canción gitana

Interesante asunto, tomado de la obra
«La canción del Maros», de Franz Rauen

Principales intérpretes:

Lil Dagover y Hans Stuwe



Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Distribuida por

Balart y Simó

Aragón, 249

BARCELONA

POSTAL-REGALO: ENRIQUETA SERRANO

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



CANCIÓN GITANA

Argument de la película

En la ribera del "Maros", cerca de Budapest, se levantaba una hermosa finca, propiedad del conde Hans Bartok.

El capitán Arpad Bartock, sobrino del conde, y el teniente Bela Bezaredi, se hospedaban en la villa disfrutando dos meses de permiso.

Bezaredi estaba enamorado de Liset, la hija del conde, hermosa muchacha dulce e ingenua.

Cierto día, los dos oficiales fueron a dar un paseo a caballo por los alrededores.

Anochece. El cantar de los campesinos se

fundía con el murmullo de una oración y el alegre sonar de las campanas.

Cerca había acampado una tribu gitana que cruzaba el mundo sin más patrimonio que sus bellas canciones.

Al ver pasar a los jinetes, Llana, la más linda flor de la tribu, les pidió un óbolo y empezó a cantar una canción, mientras otro gitano acompañaba el canto con un violín.

*Hacia el Maros tranquilo
vente, chiquilla,
que yo besarte quiero
junto a la orilla.*

*No pidas imposibles
que aunque te veo,
que aunque te amo,
a otro hombre mi padre
ya dió mi mano.*

*Nuestras vidas unirse
buscando van
y aunque tarden... un día
se encontrarán.*

Los militares felicitaron efusivamente a la muchacha por la belleza de su voz y el sentimiento de la canción.

Le dieron unas monedas, y Llana, agradecida, dijo al capitán:

—¿Me deja ver las rayas de su mano? Le voy a predecir el porvenir.

—Mira.

Pero apenas la gitana hubo contemplado las líneas de aquella mano fuerte y varonil, lanzó un grito:

—¡Horror! ¡Horror!—dijo.

Y huyó precipitadamente a campo traviesa, como alma que busca el diablo.

Arpad, disgustado, se contempló la mano. Pero ¿qué tenía en ella? Vamos, las rayas debían augurarle siniestros presagios.

—No le haga usted caso, señor. Es una niña—dijo el gitano.

—Ya... ya...

Reanudaron la marcha, pero durante todo el camino, el capitán apareció hondamente preocupado mirándose de vez en cuando aquella mano que había causado tanto terror.

—Vamos, hombre, no seas supersticioso—le dijo Bezaredi.

—No lo soy... pero no te he de negar que me ha impresionado el espanto de la gitana.

—¡Tonterías, augurios necios!

Llegaron a la finca y aun persistió el mal humor del capitán. Entraron en el recibidor. Vieron en la estancia vecina a Hans que hablaba con su hija Liset.

El rostro de Bezaredi⁶ pareció iluminarse de alegría, y el capitán, a pesar de su disgusto, le dijo:

—Ve a verla... Liset te lo agradecerá.

—¡Es tan bonita!

—¿Por qué no pides a mi tío la mano de Liset?

—Temo que él tenga otras orientaciones para ella.

—¡No lo creas!

Hans había visto también a los dos militares y sonrió alegremente, mientras Liset reflejaba en su cara un extraordinario júbilo.

—¡Ah, pícaro!—le dijo su padre, sonriente.

—¿Cuál de los dos es el elegido?

—Papá...

—Me parece que tu primo Arpad.

—Sí, me agrada... pero el teniente Bezaredi...

—Bien, bien... Hija mía, esta quinta que poseemos siempre perteneció al apellido Bartok, y al casarte con tu primo, seguiría la tradición. Pero yo no quiero contradecir tus sentimientos.

Entraron los dos militares, y Liset y Bezaredi departieron en voz baja con la intimidad de



—Temo que él tenga otras orientaciones para ella.

los enamorados. El le besó tiernamente la mano.

Arpad aparecía abstraído y así tuvo que hacerse observar su tío Hans.

El teniente aclaró luego la situación:

—Una gitana le ha estropeado el buen humor.

Y contó el espanto de la húngara al estudiar las rayas de las mano del capitán.

Todos rieron creyendo pueril el temor de Arpad.



...le besó tiernamente la mano.

—No debieras creer lo que dice esa gente... Son unos farsantes... —le dijo su tío.

—Ya sé... En efecto, no quiero pensar más en esa tontería.

Y procuró olvidar, pero en el fondo del alma

seguía arañándole levemente la garra de la preocupación.

Momentos después un criado entraba con un telegrama para el capitán Arpad.

Lo abrió éste nerviosamente. Era una orden de inmediata incorporación que venía a romper la alegría del permiso.

—¡Hemos de marchar!—dijo malhumorado. —Tenemos que interrumpir nuestra licencia. Ha llegado el nuevo comandante y mañana pasará revista.

—¡Qué contrariedad!—dijo el teniente mirando a Liset.

Tío Hans escanció unas copas de champaña.

—¡Brindemos por que la ausencia sea corta!

Arpad se sentía molesto. ¡Tan bien como se estaba allí, lejos del mundanal ruido sin tener que regresar al cuartel!

Y de repente, el presagio de la gitana pasó como un relámpago por la mente del capitán.

Dios, ¿es que iban a comenzar las desgracias?

¿Es que su mano indicaba realmente un capítulo de cosas desagradables?

* * *

Los dos oficiales volvieron a su guarnición, situada en un pequeño pueblo. Aquella mañana debía pasarse revista.

Los militares aguardaban charlando el momento en que apareciese el nuevo jefe.

—¿Por qué enviaron al comandante Elemer a este pueblo?—dijo un oficial.

—Se dice que el vino, el juego y las mujeres fueron la causa—explicó otro.

—Dicen que el comandante es un hombre muy divertido.

—Y su esposa es joven y bella.

No tardó en llegar el comandante, hombre de

unos cincuenta años, de aspecto despreocupado y alegre.

Muy amable, muy cordial, departió con todos los oficiales y les obsequió con vinos.

El asistente del comandante era un tal Zoltán, un hombre cuya única misión se reducía a enterarse de todo para después contarlo.

En uno de los pabellones del cuartel, habían instalado su casa el comandante y su esposa. Era ésta Coraly Fran, una mujer preciosa, de grandes ojos melancólicos.

La tarde de la llegada, Coraly contemplaba desde la ventana de su cuarto el panorama triston, invernal, que se divisaba desde allí...

—¡Qué feo es eso!—dijo la doncella. —¿Por qué habremos venido aquí, señora?

—¿Acaso no te es agradable esta aldea, Marta?

—Siempre que fuí a una aldea se apoderó de mí una gran tristeza.

—A mí me pasa lo mismo. Pero mi único alivio es el de la resignación.

Coraly no había sido feliz al lado del comandante. Este hombre se sentía entusiasmado por todas las cosas que no fueran su esposa y su hogar... Y Coraly se sentía cada vez más

sola con el árido amargor de su juventud desolada.

Aquella noche, el comandante, después de recibir a las primeras autoridades del pueblo en



—¿Acaso no te es agradable esta aldea, Marta?

visita de cumplido, quedó jugando y bebiendo con los oficiales en el cuarto de banderas.

La partida iba a ser interesante y se apostaban buenas cantidades. Elemer llamó a su asistente y le dijo:

Zoltán, ve a advertir a la señora que no me espere a comer esta noche.

—¡A la orden, mi comandante!

El asistente se alejó... El teniente Bezaredi comentó al oído del capitán Arpad:

—Este Zoltán es el perro de presa que junto a su mujer tiene puesto el comandante.

—¡Ah, comprendo!

El asistente llegó al pabellón y dijo a la condesa mirándole con cierta fijeza agresiva:

—El señor me encarga decirle que no le es posible cenar esta noche con la señora.

La condesa sufrió una nueva contrariedad. ¡Más sola aun, más abandonada en su silencio!

Cenó apenas sin apetito... Zoltán le servía los manjares y la miraba de vez en cuando con ojos poco respetuosos...

Ella le contempló con cierta altivez. ¿Qué quería el asistente? ¿Por qué la contemplaba de aquel modo? Pero no dando mayor importancia a esta actitud, volvió a quedar sumida en los hondos, amargos pensamientos que le producía la soledad.

Pasaron unos días. La condesa no se había movido aún del pabellón y ningún oficial la ha-

bía visto todavía... Se rumoreaba que era joven y bonita, y la curiosidad acuciaba el alma de los militares.



... la miraba de vez en cuando con ojos poco respetuosos.

Por fin, un día, el comandante Elemer se decidió a dar una fiesta en su casa para presentar de esta manera a la condesa.

Envío a todos los oficiales invitaciones de este tenor:

El comandante Elemer de Racokzi tiene el honor de invitar a los jefes y oficiales y a sus familias, a la fiesta que durará esta noche.

No faltó a la fiesta ningún oficial de la guarnición. Algunos iban acompañados de sus familias.

La condesa, haciendo un esfuerzo por sonreír, asistió a la recepción, y los militares tuvieron que reconocer que era encantadora y muy bella.

Fué saludando a todos y cada uno de los oficiales, y al llegar ante el capitán Arpad, sus ojos parpadearon de angustia.

Por fortuna el comandante estaba un poco alejado de allí hablando con un grupo de señoras, y Arpad sólo se hallaba con el teniente Bezaredi.

—¡Arpad!—murmuró ella tiernamente.

—¡Coraly! ¡Usted!—dijo emocionado.

Sus manos se estrecharon... En sus ojos se leían palabras, tal vez evocaciones de algún amor antiguo.

Pero no pudieron hablar, pues el comandante se dirigía a ellos y rogó a su esposa hiciese el favor de cantar unas canciones.

Ella, sonriente, se dirigió al piano, mientras

Arpad, pálido y sabresaltado, no la quitaba los ojos de encima.

—¿Quién es? ¿De qué la conoces?—le preguntó en voz baja Bezaredi.

—¡Es la mujer de quien te hablé! ¡Ella! ¡Ella!

La condesa comenzó a cantar... Y el ritmo de su canción emocionó profundamente al capitán. Era la canción del "Moros", el mismo cantar de la gitana de negros augurios.

La voz de ella tenía un ritmo de desmayo.

*Nuestras vidas unirse
buscando van
y aunque tarden... un día
se encontrarán
se encontrarán.*

¡Ah, la canción de la gitana! Y de nuevo por la mente del capitán surgió la nube que sin cesar le atormentaba.

Arpad pasó una noche frenética. La condesa siempre estaba rodeada de oficiales, de admiradores... ¡Y él, que tanto deseaba hablarla a solas, no pudo hacerlo!

Al despedirse de Coraly, le dió un largo beso

en la mano, y sintió como la condesa temblaba.

Sus ojos volvieron a mirarse; sus labios callaban pero en ellos parecía vivir el mismo pensamiento...

*y aunque tarden... un día
se encontrarán.*

* * *

Al día siguiente de la fiesta, el teniente Bezaredi, intrigado por lo ocurrido aquella noche, preguntó insistentes detalles a su amigo el capitán Arpad:

—¿Conque esa mujer había sido tu novia?

—Sí, el único amor de mi vida, el más grande amor.

—¿Y por qué no te casaste con ella?

—Mi padre me negó su consentimiento. Más tarde, fui trasladado a este regimiento, y la ausencia separó definitivamente aquel amor... Y

ya ves, ahora, al cabo de años, la encuentro casada.

—¡Quién sabe, amigo mío! Tal vez algún día...

—Nada risueño puedo ya esperar. Lo leyó la gitana en la palma de la mano.

—¿Pero aun piensas en tonterías?

—No me lo quito de la cabeza.

—Pues es absurdo. Anda, no pierdas la esperanza. La condesa no parece muy feliz al lado del comandante... Y no hay para menos... Elemer se cuida poco de su mujer... Y ella podría divorciarse si es que verdaderamente te ama...

—¡Ojalá! Mas dudo que pueda realizarse esto nunca.

Al día siguiente, se supo en el cuartel que el comandante se había marchado "oficialmente" a Budapest. Pero nadie creyó en ello, pues no se había recibido parte oficial alguno.

Todos los militares estaban convencidos de que su superior se había ido a la capital húngara a correr alguna de aquellas juergas a las que era tan aficionado. Y entretanto, allá en su pabellón, la condesa permanecía como secuestrada.

El capitán Arpad, de malísimo humor, montó a caballo y fué a dar una vuelta por los alrededores pintorescos del pueblo. De pronto vió venir por el mismo camino guiando un cochecito a la condesa Caroly.

Conmovido, bajó del caballo y se apresuró a saludar a su antigua novia.



—¿quiere usted pasear un poco?

Al lado de la condesa iba el asistente Zoltán, antipático, frío, de rostro cruel.

—¡Oh, Caroly!—le dijo sonriente.—¿Quiere

usted pasear un poco? El atardecer convida dulcemente a ello.

—Sí... sí.

Descendió del coche... Zoltán quedó cuidando de él y del caballo de Arpad.

El capitán y la condesa se internaron por uno de los senderos del bosque sintiendo la profunda emoción de aquella primera entrevista a solas.

—Caroly, dime, ¿eres feliz con tu marido?

—¿Feliz? ¿Por qué mentirte, amigo mío?... No lo soy... él no ha hecho nada para ganar mi voluntad... Me casaron casi a la fuerza... y ese hombre me tiene por completo abandonada.

—¡Pobre Caroly!

—Digo mal, abandonada, no. Me espía... vigila mis pasos.

—¿Quién?

—El asistente. Le envía para que me vigile.

—¿Es posible?

—Sí, Zoltán es su confidente.

—¡Cuánto sufro al verte sufrir, Caroly! ¿Por qué te tuviste que casar con ese hombre?

—Mis padres me obligaron a ello... ¿Qué iba a hacer yo, joven y abandonada?

—¡Pobre Caroly! ¡Pobre!

Sintiendo que renacía en su alma el amor de otros días, el capitán intentó besar a la condesa, pero ésta tristemente rehuyó la caricia y volvió junto al coche.

Despidióse amablemente de Arpad... La vida les separaba... ¿Para qué intentar lo que era imposible?

Zoltán, frío, impasible, misterioso, se acomodó junto a la condesa. Esta azuzó los caballos y el carruaje emprendió su marcha.

El asistente lanzó una extraña mirada al capitán y luego sus labios dibujaron una mueca grotesca que quería ser una sonrisa.

Arpad, desesperado y taciturno, regresó a su casa, llevando en el alma el tedio de un vivir sin ideal.

* * *

Entretanto, en Budapest, el señor comandante Elemer estaba entretenido en una juerguecita de pronóstico, en compañía de unos amigos... y de unas cuantas amigas... de todo el mundo.

Las libaciones eran abundantes, tan numerosas que hicieron perder la cabeza al comandante, quien al poco rato estaba ebrio como una cuba.

Su borrachera adquirió un carácter agresivo y le dió por romper platos y copas... Y su furia de destrucción llegó también hasta el camarero que le servía a quien estrelló otra copa sobre la cabeza.

El criado, ensangrentado, cayó al suelo, mien-

tras el comandante, temeroso, abandonaba el restorán con sus amigas.

Sin dar mayor importancia al accidente, al día siguiente regresó al pueblo, después de unas horas que siempre serían de grata recordación.

Elemer explicó a sus oficiales que ya había evacuado la consulta oficial.

Aquella tarde una comisión de magnates del pueblo, estuvo a visitarle.

—Suponemos, señor comandante, que mañana no faltará usted a la fiesta del Hotel Royal.

—¿De qué se trata?

—Es un baile que anualmente celebran los propietarios, y al cual asisten los militares.

—No faltaré. Ténganlo por seguro.

Coraly asistiría también al baile. No por el acto en sí, sino porque sabía que en él había de encontrar al capitán Arpad...

Cada vez sentía más antipatía por su marido. Ella no creía que el conde hubiese ido a Budapest en ninguna misión oficial. Bastaba sólo ver sus ojos soñolientos, su expresión fatigada, para comprender que eran otras más alegres misiones las que le llevaron a la capital.

Al día siguiente, mientras el comandante jugaba al poker con los oficiales de la guarnición,

entre los que se encontraban Arpad y Bezaredi, un criado le entregó un carta urgente.

Decía así:

Mi querido Elemer: Para resolver el asunto del camarero, urge te presentes aquí rápidamente. No dejes de hacerlo, pues de lo contrario el mal sería mayor.

Tuya,

Lola.

Disgustado por aquella noticia, llamó a su asistente y le dijo:

—Prepara mi maleta que me marchó a Budapest; he de presentarme hoy mismo al general.

Los oficiales escuchaban extrañados aquella orden, y Elemer quiso aclararla:

—Estamos discutiendo con el general un asunto estratégico—dijo para justificar su viaje.—Seguramente se tratará de alguna consulta. Bueno, señores, hasta pronto.

Estrechó a todos la mano... Arpad no creyó en la explicación dada por el comandante. La carta era de papel azul, muy femenino. Seguramente se trataría de alguna de las escandalosas

aventuras del conde. ¡Qué asco, qué infamia! ¡Pobre Caroly!

—Yo no me trago esa mentira—dijo a su amigo Bezaredi.

—Ni yo. Deberías aconsejar a la condesa que se divorciase.

—Es verdad.

Entretanto, el comandante regresaba a su casa para despedirse de su mujer, a la que se excusó también por su viaje.

Y dándole un furtivo beso, subió al coche y se hizo conducir a la estación.

Ella le vio partir con el alma indignada por el engaño. ¡Cómo estaba mintiendo aquel hombre! La vida del conde era un collar de juer-gas, de aventuras amorosas, de escándalos! ¡Y ella teniendo que callar, viendo morir su juventud en la soledad más espantosa! ¡Arpad! ¡Cuán diferente hubiera sido la vida a su lado!

Caroly pensaba ir aquella noche al baile. Vería a Arpad. Aunque todo la separase de él, sentía la necesidad de hablarle, de pasar un rato en su compañía, de mirarse en sus ojos donde vibraba la ilusión del amor...

* * *

La fiesta en el Hotel Royal resultó magnífica. Lo mejorcito del pueblo concurrió a la misma. Las hijas de los propietarios se pusieron los mejores trajes y afilaron sus mejores sonrisas por ver si conseguían atrapar a alguno de los apuestos oficiales. El baile era como una cadena de rosas donde se encerrase la pasión.

Arpad no se separó ni un instante de la condesa. Bailó mucho con ella, y aquella asiduidad, aquella constante compañía, levantó un cúmulo de murmuraciones.

Las damas comentaban aquella íntima amistad. ¡Vaya con la esposa del comandante! ¡Bien había puesto sus ojos en aquel elegante capitán! ¡Si el marido lo supiera!

Uno de los militares preguntó a Bezaredi, que se sentía inquieto por la marejada que reinaba en el salón:

—Pero ¿qué pasa? ¡Todos miran a Arpad!

—Nada. La gente chismosa, que se preocupa demasiado por lo que no le importa—respondió con indignación.

Arpad estrechaba dulcemente en las vueltas de un vals a su antigua novia. La miraba a los ojos, se llenaba del tibio perfume de su juventud.

—¡Caroly!... ¡Caroly!—murmuraba.

Ella, más cauta siempre que el hombre, se dio cuenta de los comentarios que giraban en torno de ellos, y dijo:

—Sé, prudente, Arpad... Nos están mirando.

—¡Coraly, yo te amo!—le murmuró al oído.
—Es necesario que te separes de ese hombre... Tienes suficientes motivos para pedir el divorcio.

—¡Oh, no sé... no sé!... Comprende mi situación. ¡Qué escándalo habría!

Terminado el vals fueron a pasear por la terraza. Pero más allá les siguieron las miradas burlonas, el veneno de la maledicencia, los comentarios múltiples y pecaminosos.

—¡Esta atmósfera me ahoga!—dijo la condesa—Arpad, vámonos de aquí... Nos espían... Temo algo desagradable.

—Vamos a mi casa, Coraly... Allí podemos hablar tranquilamente. Ten confianza en mí... Soy un caballero.

—Te creo, Arpad.

Subieron a un coche. Pero el odioso asistente Zoltán les siguió... Sonrió de modo terrible... Bien, señora, al parecer no se perdía el tiempo. Pero mucho cuidado... Tras las horas floridas de primavera llega el invierno con sus rigores crueles... ¡Mucho cuidado, señora!

Zoltán volvió a casa del comandante... Pasaba el tiempo y la condesa no regresaba. ¡Ah, demonio! ¡Lo que puede el amor!

De pronto llamaron a la puerta. Miró por una ventana y vió al comandante Elemer.

Quedó sobrecogido... Iba a descubrirse todo, a notarse la ausencia de la condesa.

Rápidamente cerró con llave las habitaciones de Caroly y guardó ésta en el bolsillo.

Luego se apresuró a abrir al comandante.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me había retirado ya a descansar, señor...

El comandante venía satisfecho. Había arreglado rápida y satisfactoriamente, mediante unos cuantos billetes, el asunto del camarero. Ya no volverían a importunarle en ese sentido.

—¿Y la condesa?—preguntó.

—La señora vino muy temprano del baile, se sentía mala y me envió a la farmacia por un calmante.

—Voy a verla.

—Creo que descansa, señor.

El conde llamó al cuarto de su mujer y como nadie respondiera la creyó realmente dormida. Y como nunca le había interesado Coraly no insistió en la llamada, dirigiéndose tranquilamente a su habitación para saborear con buen vino la solución del enojoso asunto.

Una hora después, llegaba la condesa. Coraly había permanecido un rato en casa del capitán Arpad, recordando los dos los dulces tiempos del amor perdido. El la seguía suplicando ardientemente el divorcio; ella se resistía aún, no por amor a Elemer, sino por el escándalo que produciría en la sociedad.

Arpad hizo honor a su palabra de caballero, respetando cumplidamente a su enamorada. Y

Coraly salió de aquella casa con el corazón limpio de culpa, esclavo de la palabra dada a su marido.

Zoltán abrió la puerta a la condesa y la recomendó silencio.

—El señor ha venido y os cree ya dormida en vuestro cuarto.

—¿Por qué le dijiste eso? ¿Es que no sabía él que yo estaba en el baile?

—Sí, pero como yo sabía también que habíais marchado hacía rato del Hotel Royal, inventé la excusa de que os encontrabais mal y, habíais regresado pronto.

—No debiste haberlo hecho.

—Yo os he disculpado como pude... Es preciso que el comandante no se entere.

Ella le lanzó una mirada de odio. ¿Por qué aquel hombre se metía en lo que no le importaba?

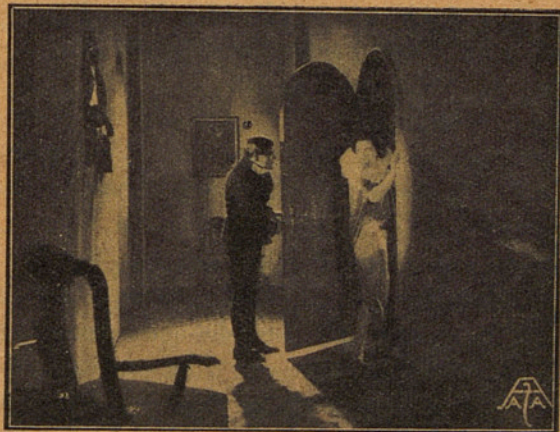
Zoltán abrió la puerta de la habitación de Coraly y en el momento en que ella entraba, le dijo con sonrisa malévola:

—Yo sé de dónde viene la señora.

—¡Basta ya! ¡Nada tengo que hablar contigo!

Pero el miserable entró en el cuarto y cerró la puerta con llave.

—¡Oh, sal de aquí! ¡Sal o llamo!—rugió enfurecida.



—Yo sé de dónde viene tu señora.

—No lo hará usted... Porque sé dónde ha ido usted... Ha ido a casa del capitán Arpad.

—¿Me has espiado, miserable?

—Sí, la he espiado... y quiero cobrar mi silencio.

—¿Qué te propones?

—Le pediría su amor, ya que es usted tan pródiga en repartirlo.

—¡Canalla!

—Pero me conformo con menos. Quiero dinero... Si no, lo diré todo al comandante.

Horrorizada ante aquella idea, la condesa cogió unos billetes y se los dió a Zoltán.

—¡Y vete... vete de aquí!

—¡Necesito más!

Tuvo ella que darle cuanto tenía en el armario... Y Zoltán, riendo, satisfecho del precio a que por el momento vendía su silencio, se retiró cautelosamente de la estancia.

¡Bah! Por hoy no había perdido la noche. Otro día exigiría más; otro día que no estuviese el comandante le exigiría un tributo más doloroso: su amor, todo su amor... Hoy no se atrevió a pedirlo. Temió que ella gritase... y eso podía acabar para siempre con las combinaciones de Zoltán.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el comandante se interesó por la salud de su esposa.

—Tengo un poco de jaqueca—respondió ella con voz sombría.

—Acompáñame al cuartel. El aire de la mañana te sentará bien.

—Sí, iré contigo.

Zoltán les servía el café con leche y de vez en cuando lanzaba extrañas miradas a la condesa.

El comandante y su esposa se dirigieron al cuartel, siendo saludados por todos los oficiales.

Allí estaba el capitán Arpad a quien el teniente

Bezaredi le comunicaba que había recibido una carta muy amorosa de Liset.

—Decididamente—le dijo—pediré a tu tío la mano de Liset.

—Y harás bien. Es muchacha que te hará feliz.

Arpad se estremeció al ver a la condesa. La saludó con afecto procurando que no se transparentara su emoción.

Ella, mientras su marido departía con otros oficiales, le dijo:

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Zoltán nos ha espiado.

—¡El maldito!

—Esta noche a las nueve iré a verte.

Ya no hablaron más. Temían que se descubriese todo. Odiaban los dos a aquel asistente tan perverso.

La condesa volvió a su casa con mayor tranquilidad. Su cabeza estaba más despejada. Sin saber por qué, sentíase más confiada en el porvenir.

Aquella tarde, en un mesón del camino cercano al pueblo, el asistente Zoltán se disponía a humedecer su secreto.

Bebió abundantemente, bailó, acarició a varias muchachas e hizo burla de los demás soldados.

—¡Demonio! ¡Ese se ha creído que es el general!—comentó un soldado viendo su gesto orgulloso.

—¿Por qué no mandará que le toque la Marcha Real?

—No os riáis, que es un rajá de la India.

Y los soldados, buena gente del pueblo, llenos de simplicidad, seguían mofándose del aire importante del asistente.

Este dió un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Ahora veréis quién soy yo!

Y empezó a repartir golpes a diestro y siniestro como si se hubiera vuelto loco... En la lucha derribó una mesa con todo un servicio de cristal que se hizo añicos.

El dueño del mesón y varias personas neutrales hasta entonces en la contienda intervinieron y la cosa no pasó a mayores...

Zoltán fué obligado a pagar los cristales rotos, y se marchó del mesón, murmurando pesates contra sus compañeros.

Al regresar encontró por el camino al capitán

Arpad que silencioso y preocupado pensaba en las palabras de la condesa.

Los dos hombres se miraron un instante con profundo odio. Arpad tuvo que contenerse para no arrojarse contra aquel canalla, mientras éste le escupía con su mirada el más profundo desprecio.

Iba Zoltán con las manos en los bolsillos y pasó de largo sin rendir al capitán el saludo de ordenanza. Este se detuvo ante él y le dijo:

—¡Saque las manos y salude!

—¡No me da la gana!—repuso el soldado.

—¿Cómo se atreve a hablar así?... ¡Espía! ¡Mal hombre!

—Eso ya me lo dirá usted delante del comandante.

—¡Canalla!

Zoltán arrojóse sobre Arpad y empuñando un cuchillo quiso clavárselo en el corazón. El capitán para defender su vida dió un paso atrás y sacando su revólver disparó contra el indigno subordinado.

Este dió un grito, se tambaleó unos instantes y cayó sin vida.

El dueño del mesón y varios soldados ha-

bían presenciado la reyerta y corrieron al lugar del suceso.

El capitán contempló unos instantes al caído y luego mirando con melancolía a aquellas gentes, dijo:

Den parte de lo ocurrido. Yo voy al cuartel a entregarme.

* * *

La noticia conmovió a todo el pueblo. El comandante Elemer, profundamente contrariado, se lo comunicó a su esposa, quien tuvo que esforzarse para mantenerse serena.

—Me acaban de comunicar que el capitán Arpad ha matado a Zoltán de un tiro.

Coral, horrorizada, se encerró en su cuarto

y allí lloró desconsoladamente... Comprendía el motivo de la riña. ¿Qué iba a pasar ahora? ¡Pobre Arpad! ¡Con qué amor ella le quería!

Al día siguiente se enteró con la natural satisfacción que el capitán había sido puesto en libertad provisional. ¡Cómo deseaba ir a verle! Lo ocurrido parecía haberle acercado más a él. Pero ¿su libertad sería definitiva?

El dramático suceso había conmovido profundamente a los oficiales de la guarnición, y el Consejo de Guerra reunido la noche antes había puesto a Arpad en libertad provisional, teniendo en cuenta que el dueño del mesón y los que con él se encontraban, habían testimoniado que allí Zoltán se comportó en forma grosera y provocadora... y todos aseguraron además que Zoltán atacó al capitán con un cuchillo y que éste no tuvo más remedio que disparar para salvar su vida.

Aquella tarde, presa de una nerviosidad que no la dejaba vivir, Coraly, adoptando toda clase de precauciones para que no la vieran, fué a visitar al capitán.

Los dos enamorados se miraron con intenso amor, y por primera vez sus labios se besaron.

Arpad había estado en peligro de muerte... y aquella idea horrorizaba a la condesa.

—Dime la verdad, Arpad. ¿Qué ha pasado?

—Fué la fatalidad quien lo mató. Tuve que disparar para defender mi vida. Pero por ti, Coraly... yo también lo hubiera matado.

—¿Y qué va a ocurrir ahora? ¡Habla, por Dios!

—Acabo de pedir la separación del Ejército. Mis manos, desgraciadamente, están tintas en sangre y no quiero continuar en él... Mientras me conceden la separación, me voy a la granja de mi tío Hans. Coraly, ¿por qué no pides tú el divorcio, por qué?

Ella se echó a llorar.

—He hablado con mi marido... se lo he explicado... le he hablado de incompatibilidad de carácter... de mutuo desamor... pero él no quiere. Y para siempre tendré que estar a su lado.

—No... Coraly... no... ¡Divórciate!... Aun podemos ser felices.

—No puede ser, querido... Después de lo ocurrido, mi nombre caería envuelto en lodo. ¿Cómo justifico yo el divorcio, si mi marido no quiere concedérmelo?

Aun pugnó él por convencerla. Todo inútil. La condesa, después de besarle tiernamente, abandonó la casa del capitán, convencida de que nunca volvería a ver a ese enamorado, a quien las circunstancias separaron de ella hacía muchos años...

Y Arpad, desesperado, se preguntó qué objeto tenía para él una vida de la que había huído la mejor ilusión.

* * *

Arpad había ido a esconder su melancolía en la finca de su tío Hans Bartok.

Llevaba ya varios días en ella, sin poder arrancar de su corazón el recuerdo de Coraly.

Una mañana, su tío Hans corrió al jardín donde Arpad se encontraba cortando leña.

—Acaba de llegar tu amigo el teniente Bezaredi... Quiere invitarte a una cacería.

—No...

—¿No quieres por lo menos saludarle?

—No quiero hablar con nadie.

Pero el teniente Bezaredi, llevado de la confianza que tenía en la casa, se acercó a ellos y abrazó al capitán Arpad, quien conmovido le preguntó qué ocurría en la guarnición.

—¡Ah, tuno! Aquí traigo una noticia que te interesará. Lee.



—Aquí traigo una noticia que te interesará.

Nervioso Arpad leyó donde le indicaba su amigo. Decía así:

Ecos de sociedad

El comandante Elemer de Racokzi y su esposa Coraly Frau, se han divorciado de común

acuerdo. Ella embarca para Australia donde tiene su familia y sus intereses.

Una inmensa alegría se apoderó del capitán.

—Entonces, Coraly es libre, ¿verdad? ¿Dónde está, dónde? Tú lo sabes.

—Sí y tengo noticias de que hoy sale en el segundo expreso. Si te dieras prisa aun podrías sorprenderla antes de tomar el vapor.

—Me voy en seguida hacia el pueblo. Quiera Dios que la encuentre.

Despidióse rápidamente de sus familiares y tomó el tren que le conduciría en pocas horas al pueblo donde estaba la guarnición.

El teniente Bezaredi pasó el día en las fincas hablando con su dulce Liset. Después pidió al señor Hans la mano de su hija. Y el viejo vióse obligado a acceder... Viendo deambular a los dos enamorados por el jardín, lanzó un suspiro.

—Ya no tiene remedio—murmuró entre dientes. —Las propiedades que siempre pertenecieron al apellido Bartock, cambiarán pronto por el de Bezaredi.

Y para hacer menos amargo su disgusto se bebió una copita de licor.

Horas después, Arpad llegaba al pueblo e iba a visitar a Coraly. Esta se hallaba en su casa preparando el equipaje para marchar al puerto donde embarcaría para Australia.

El comandante vivía ya en otro lugar, sin disgustarse demasiado por el divorcio de su mujer, encaprichado como estaba ahora por una artista de café cantante.

Al ver a Arpad ella se lanzó a sus brazos.

—Llego a tiempo, Coraly, para vivir siempre contigo... Iremos los dos a Australia, allí nos casaremos y emprenderemos una nueva vida, ¿quieres?

—¡Oh, Arpad! Ya que has vuelto, bienvenido seas. No quería decirte nada de mi viaje... Te amaba con toda mi alma... pero quería para ti una mujer de pasado menos doloroso que el mío. Pero ya que has vuelto, ya que con ello me indicas que me amas sobre todas las cosas... ¡bendito seas, Arpad!... Estoy pronta a ser tu mujer y seguirte hasta el fin del mundo.

—Pues tuyo soy con alma y vida, Coraly... Y ahora, que vengan, que vengan los que sean a arrebatarnos nuestro amor... Ya no podrán... ya no podrán...

En la calle, un músico callejero entonaba la canción del Maros...

*Nuestras vidas unirse
buscando van
y aunque tarden... un día
se encontrarán.*

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás. 6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida. 8. Anticristo · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro. 25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda. 27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental). 34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Esta semana, en las

EDICIONES ESPECIALES DE

La Novela Semanal Cinematográfica

La interesantísima novela

Sevilla de mis amores

por

Ramón Novarro y Conchita Montenegro

Formidable asunto hablado y cantado en español.

Bellas canciones por RAMÓN NOVARRO

Letra de las mismas

Precio de la novela completa: 1 peseta

En breve:

HORIZONTES NUEVOS

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

y a petición de numerosos lectores:


BEN-HUR

(VIII ediciones)

por **Ramón Novarro**

Magnífica presentación

Precio excepcional: 1 peseta



Esta semana:

Biografía de
Ramón Novarro

Anécdotas · Canciones · Revelaciones

Numerosas fotografías en el texto

Postal - regalo

Precio: 50 céntimos

y **Colección de 6 postales de**

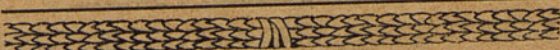
Juan Torena

el artista favorito de la FOX, con la bellísima

LYA TORA

Vea esta colección y no dejará de adquirirla.

Precio: 30 céntimos



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
